

Apuntes sobre el ENSAYO

RECIENTE EN Chiapas

Ignacio Ruiz-Pérez

La mayor parte de los estudios y ediciones antológicas sobre la producción cultural en Chiapas se [concentran] en la narrativa y, muy significativamente, en la poesía, sin que haya hasta la fecha trabajos orgánicos que estudien el ensayo en la entidad, lo que ha prolongado la idea de que el género es residual o reciente.

Los lugares comunes tienen la virtud siempre engañosa de describir lo obvio. En el caso de Chiapas, el dictado común afirma que esta es una tierra de poetas y, si acaso, de narradores –más de cuentistas que de novelistas– quizá por la dilatada tradición oral del estado. Hay algo de cierto en ello: para cualquier aficionado o especialista en la literatura de la región, quizá es evidente la nada desdeñable y exagerada cantidad de poetas, así como algo parecido a un aire de familia entre las ramas contradictorias que componen esa red de relaciones. Pero esa evidencia descubre otro lugar común más llamativo que es la presunta carencia de ensayistas o, si se prefiere, la falta de una tradición del ensayo en Chiapas. En otras palabras, cuando se habla de la producción cultural en el estado

siempre se alude a la proliferación de poetas, mas no es tan frecuente hablar de narrativa, y ya no se diga de ensayo, que casi siempre aparece vinculado a los claustros académicos. De ahí que la mayor parte de los estudios y ediciones antológicas sobre la producción cultural en Chiapas se concentren en la narrativa y, muy significativamente, en la poesía, sin que haya hasta la fecha trabajos orgánicos que estudien el ensayo en la entidad, lo que ha prolongado la idea de que el género es residual o reciente. El caso ejemplar es el de Rosario Castellanos (1925-1974), la polígrafa chiapaneca que practicó con fortuna varios géneros y a quien se le conoce sobre todo por su poesía y narrativa, pero quizá algo menos por su producción ensayística.

Considero que al restringir el ensayo exclusivamente a la lite-

ratura se corre el riesgo de cortar los vasos comunicantes que de manera orgánica se tienden entre el género que nos ocupa y otras disciplinas del conocimiento. Esta coyuntura, a su vez, se ubica en una polémica difícil de zanjar, que es la de la pertinencia, validez o legitimidad del ensayo académico en oposición al creativo. Quizá por deformación profesional o por pertenencia tribal, siempre me ha parecido forzada esa distinción tajante: ¿no es el ensayo un género proteico, maleable, movido, dado a diversas y múltiples negociaciones y liminalidades?, ¿no es la liminalidad misma la razón de ser del ensayo? Soy de la opinión de que el nomadismo del ensayo (su ir y venir serpenteante y especulativo como lo definía Chesterton) facilita el contacto con diversas disciplinas, desde la filología hasta las ciencias, y que en ese continuo desdoblamiento radica lo que se podría llamar la “política del ensayo”, que no es más que un sistema de negociaciones de formas y sentidos. En otras palabras, la gran virtud del género es precisamente su condición híbrida y heterodoxa, la cual en vez de deslindar entre áreas y ciencias prefiere acudir a todas para salir, rodear y volver siempre –o no– al punto de partida.

Pero la controversia entre las no siempre claras diferencias entre el ensayo académico y el creativo me lleva de manera orgánica a lo que yo considero que es la base del género que motiva estas notas, a saber, su condición liminal. Si la “razón de ser” del ensayo es su liminalidad, ¿por qué circunscribir el género exclusivamente a los estudios literarios?, ¿cuál debe ser entonces la condición de un ensayo para ser considerado como tal?, ¿no hay estudios en otras disciplinas afines o lejanas a la literatura o la filología que también se dejan leer con placer? Quizá sean entre



Creo que en la periferia del paisaje me encuentro yo. Parece obvio o absurdo; la periferia es el divisadero o el mirador y se encuentra en donde quiera que te pares.

nosotros los ensayos de Francisco González Crussí los que mejor tipifican esa liminalidad especulativa a la que me refiero, sin que la palabra *especulación* conduzca necesariamente al equívoco de la falta de seriedad sino más bien hacia esa condición de engarce entre disciplinas y subjetividades. Abrir el corpus a otras áreas del conocimiento quizá sea la mejor manera de reconocer no tanto la ancilaridad o servidumbre del género –en la definición clásica de Alfonso Reyes– cuanto su capacidad para generar esas políticas relacionales que se reclaman como necesarias, sobre todo en estos tiempos complejos que vivimos en los que se necesita mucho de crítica rigurosa pero también de imaginación crítica para repensar los problemas a los que nos enfrentamos. Creo que el ensayo es una de las formas de la creación en las que la

posicionalidad del autor, más que un constructo opaco y aséptico, es también una articulación que permite la confluencia de aquellos lugares éticos y políticos de donde parte la reflexión. Así, pretender géneros estancos, impermeables al exterior, como formando un sistema de signos en rotación caracterizado por su inmanencia, parecería una verdadera temeridad y un acto solipsista. Intento explicarme: si el ensayo en los términos en los que vengo definiéndolo es una suerte de paréntesis, un espacio de confluencia o, mejor dicho, una suerte de frontera en la que circulan y median saberes, discursos y prácticas de cualquier tipo, quizá es precisamente esa condición de “*nepantla*” o “*in-betweeness*” (tan consustancial a la crítica cultural en el ámbito de los estudios mexicanoamericanos como de ello da fe Gloria Anzaldúa en *Borderlands/*

La Frontera) la que convierte al ensayo en el género más proteico de todos, pues en el fondo nuestra percepción del mundo no es un hecho aislado sino múltiple y coalescente.

La práctica más reciente del género en Chiapas se acerca en buena medida a esta definición que vengo delineando. Heredero de un linaje que se remonta hasta Fray Matías de Córdova (1766-1828), de hecho, el ensayo actual en Chiapas no se deslinda completamente de los estudios subalternos, decoloniales, culturales y de género, sino que por el contrario nutre su dimensión especulativa en esos fundamentos teóricos y críticos. Lo anterior revela no solo la formación de sus practicantes, todos educados en instituciones académicas locales y nacionales como el Cesmeca, la UNACH o la UNAM, sino también la coyuntu-



Creo que el absurdo se encuentra en todos lados pero a veces solo se ve en los ojos de quien observa a profundidad. Por eso la mirada es política y necesariamente periférica.

ra sociocultural e histórica desde la cual articulan sus escritos. En otras palabras, la nueva camada de ensayistas se ha beneficiado de la consolidación de las instituciones educativas de formación superior en el estado –como el ya mencionado Cesmeca, fundado en 1995– y por otro lado ha recibido el impacto de políticas públicas derivadas del levantamiento armado del EZLN, en 1994, que incidieron en la fundación del Centro Estatal de Lengua, Arte y Literatura Indígena (CELALI) en 1997, y en la conformación de un robusto programa de publicaciones en español y en lenguas indígenas a través del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes (Coneculta). Lo anterior, en buena medida, explica la emergencia de escritores en lenguas no hegemónicas en Chiapas, como lo plantea Mikel Ruiz en “Ni misteriosos ni poéticos”, a propósito del tsotsil:

El inicio de la escritura en tsotsil, en términos de creación, se dio a partir de los noventa. Hubo una apropiación de técnicas y estilos, tanto narrativos como líricos, de otros géneros literarios. Los propios hablantes comenzaron a pergeñar una nueva forma de escribir la literatura en tsotsil. Dicho proyecto se afianzó ideológicamente con el movimiento del EZLN, apoyado por talleristas profesionales como Carlos Montemayor, en los noventa, José Antonio Reyes Matamoros y Alejandro Aldana Sellschopp, a partir del año 2000 (Ruiz, en “Ni misteriosos ni poéticos”).

Pero la pregunta que cabría hacerse aquí es qué distingue a los recientes ensayistas chiapanecos de las anteriores generaciones. No pienso que este sea el espacio

para realizar un deslinde semejante, pero quizá valga la pena aventurar al menos una hipótesis que sirva de punto de partida para un trabajo más amplio: tengo para mí que el ensayo actual en Chiapas está también profundamente vinculado a las formas de la ficción autobiográfica, las cuales derivan de la lectura de obras de escritores como Sergio Pitol, Enrique Vila-Matas o Ricardo Piglia. Se trata de ensayos que basan su efecto de sentido en la construcción de subjetividades liminales que se convierten en máscaras que negocian sus múltiples identidades en entornos fragmentarios, destotalizados, carentes de una narrativa lineal y estrechamente vinculadas a la otredad. Lo anterior es particularmente válido en los ensayos de Mikel Ruiz (1985) y Delmar Penka (1990), escritores cuyos textos en español y en tsotsil y tseltal ensayan una historia per-

sonal y privada que revela conexiones insospechadas con ámbitos culturales, sociales y políticos de envergadura nacional y colectiva. Pongo por ejemplo “Murciélagos en la memoria: la modernidad en el pensamiento tsotsil”, de Mikel Ruiz, ensayo en el que su autor negocia subjetividades diversas en oposición a las construcciones coloniales y monolíticas de las identidades, lo que lleva al ensayista a cuestionar la tajante división entre lo indígena y lo *kaxlan* o mestizo (Ruiz, en “Murciélagos...”). O bien “El alma del juego de pelota”, en el que Penka alterna y yuxtapone la imagen de un grupo de jóvenes jugando basquetbol con la icónica práctica del rito mesoamericano tal como se relata en el *Popol Vuh*, acontecimientos que sirven de pretexto al ensayista para reflexionar sobre la relación entre las distintas temporalidades y circunstancias –culturales y sociales– que conviven en su propia subjetividad (Penka 2018, 152-186). Otros autores como Mario Bautista (1984), Manuel Briones (1985) o Andrea Abarca Orozco (1991), en cambio, prefieren discurrir de manera dialogal y hasta fragmentaria por distintos cauces de la literatura –pienso en las reflexiones de Abarca Orozco sobre la poesía de Efraín Huerta y los laberintos verbales de Jorge Luis Borges (2017, 13-20), pero asimismo en los trabajos de Briones sobre Joaquín Vásquez Aguilar (2012, 61-67) y Anne Sexton (2017, 7-9), y en la mirada lúdica y fragmentaria de los ensayos de Bautista, quien recorre con fluidez voces tan disímbolas como las de Luis Villoro y Vivian Gornick (Bautista, datos inéditos). Creo que el mayor riesgo que enfrenta la camada más reciente es la dispersión de su obra ensayística, casi toda publicada en volúmenes monográficos y revistas, sin que ninguno de los escritores men-

Pongo por ejemplo “Murciélagos en la memoria: la modernidad en el pensamiento tsotsil”, de Mikel Ruiz, ensayo en el que su autor negocia subjetividades diversas en oposición a las construcciones coloniales y monolíticas de las identidades, lo que lleva al ensayista a cuestionar la tajante división entre lo indígena y lo *kaxlan* o mestizo”.

cionados haya consolidado aún un libro que permita sopesar sus alcances en el género. No obstante, y aunque aún es prematuro decir cuáles de estas prácticas pasarán la prueba del tiempo –otro lugar no por común menos cierto–, sí llama la atención que las señas de identidad de estos escritores no discurran tanto por la ruta del *ensayo ensayo* –para emplear la útil taxonomía de Luigi Amara– (2012, 22-27) y que en cambio fusionen sus experiencias personales –imaginarios, formación académica, filiaciones, fobias– con aquello que motiva sus reflexiones, como dicho sea de paso sucede a escala nacional según ha comentado Ignacio Sánchez Prado en un estudio reciente. Elogio de la creación crítica, al ensayarse y argumentarse a sí mismos, los ensayistas más recientes parecen articular una muy personal política de escritura en la que se pueden leer subjetividades múltiples, aún en busca de un lenguaje propio. **LPyH**

REFERENCIAS

- Abarca Orozco, Andrea. 2014. “La entropía en los poemínimos”. *Laberinto. Suplemento Cultural de Milenio Diario*: 11.
- . 2017. “La cábala en Jorge Luis Borges”. *Ágora. Revista Estudiantil del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México* 23: 13-20.
- Amara, Luigi. 2012. “El ensayo ensayo”. *Letras Libres* 158: 22-27.
- Bautista, Mario. *Mi error fue abrir un día un libro*, inédito.
- Briones, Manuel. 2012. “Apuntes sobre la poesía de Joaquín Vásquez Aguilar”. En *Una ciudad llena de fantasmas. Estudios sobre Joaquín Vásquez Aguilar*, editado por José Martínez Torres y Antonio Durán Ruiz, 61-67. México: Samsara/Unach.
- . 2017. “Anne Sexton: poesía & monóxido de carbono”. En *Anne Sexton*, de Anne Sexton, 7-9. México: Samsara.
- Penka, Delmar. 2019. “El alma del juego de pelota”. *El ensayo* 1: 152-186.
- Ruiz, Mikel. “Murciélagos en la memoria: la modernidad en el pensamiento tsotsil”, en *Tierra Adentro*. <https://www.tierraadentro.cultura.gob.mx/murcielagos-en-la-memoria-la-modernidad-en-el-pensamiento-tsotsil/>.
- . “Ni misteriosos ni poéticos”. *Tierra Adentro*. <https://www.tierraadentro.cultura.gob.mx/ni-misteriosos-ni-poeticos/>.
- Sánchez Prado, Ignacio. 2018. “El oca-so del paseo. Los nuevos contratos del ensayo literario mexicano en el siglo XXI”. En *Literaturas en México (1990-2018). Poéticas e intervenciones*, editado por Mónica Quijano et al.: 111-136. México: UNAM.
- Ignacio Ruiz-Pérez** (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1976) es poeta y crítico literario. Es autor de *Nostalgia de la unidad natural: la poesía de José Carlos Becerra* (2009 y 2011). En 2018 editó la *Antología del ensayo moderno en Chiapas*.